

IGNACIO DOMEYKO EN EL 150° ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO

por Leonardo Fuentealba Hernández

"La Nación", 31 de julio de 1952

Entre los extranjeros que en el siglo pasado contribuyeron eficazmente a la organización y desarrollo de nuestra nacionalidad, se destaca con caracteres propios el eminente sabio polaco Ignacio Domeyko, cuyo 150° aniversario de su natalicio se recuerda hoy. Nacido en Lituania, el 31 de julio de 1802, adquirió una vasta cultura científica y técnica en la Universidad de Vilna y en el Colegio de Minas de París. Pero este saber no lo pondría al servicio de su patria, por cuya libertad había luchado en su juventud, sino de un pueblo que, en el extremo austral del nuevo Continente, se afanaba por construir su propio destino.

En efecto, Domeyko llegaba a Chile a principios de julio de 1838, contratado por el Gobierno para desempeñar las clases de Química y Mineralogía en el Instituto Literario de Coquimbo. Con tal objeto, debió encargarse personalmente desde la construcción de los hornos y de la casa para el laboratorio, hasta la redacción de los programas y textos de estudios. Entre éstos, fueron especialmente valiosos el *Tratado de ensayos* y los *Elementos de Mineralogía*. Durante los ocho años en que impartió dicha enseñanza, formó la primera legión de ensayadores y peritos de minas, que dió un vigoroso impulso a la explotación científica de una de las ramas más importantes de nuestra economía. "La mineralogía —decía— es, de todos los ramos de la historia natural, el que debe presentar más interés y atractivo en un país como Chile, donde el reino mineral, ostentando toda su grandeza, derrama sobre sus habitantes inagotables fuentes de riqueza y de prosperidad".

Trasladado a la capital —después de haber dejado en el colegio de La Serena a tres de sus mejores alumnos, que por consejo suyo habían sido enviados a perfeccionarse a Europa—, Domeyko ocupó diversos e importantes cargos en la enseñanza superior.

En su calidad de profesor del Instituto Nacional, delegado de la sección universitaria en el mismo establecimiento, decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y, en especial, como Rector de la Universidad de Chile, durante varios períodos, llevó a cabo una labor de gran trascendencia. Con un criterio educacional claro y preciso, que había expuesto en su *Memoria sobre el modo más conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, estimuló la investigación científica y literaria, creó nuevas profesiones y establecimientos universitarios y dió un gran desarrollo a la enseñanza pública en general. Por otra parte, sus memorias presentadas como Rector de la Universidad —1867-1882—, nutridas de ideas e informaciones, constituyen un cuadro vivo del estado de la educación y de la cultura en una de las etapas más importantes de nuestro desenvolvimiento histórico.

Pero esa inmensa labor educacional no fué obstáculo para que Domeyko diera amplio vuelo a su espíritu científico, que lo impulsaba al estudio de la naturaleza y a la investigación. Desde su llegada al país y hasta los últimos años de su laboriosa existencia, realizó numerosas exploraciones científicas hacia las diversas partes del territorio nacional. Parajes totalmente desconocidos fueron hollados por su planta de explorador infatigable. El resultado de estas excursiones fué una serie de trabajos científicos del más alto interés, que aparecieron principalmente en los Anales de la Universidad de Chile y los Annales des Mines de Paris. En especial sus estudios sobre las especies minerales chilenas, la estructura geológica del territorio y diversas clases de fósiles —que le permitieron demostrar la existencia de terrenos jurásicos en América—, llamaron vivamente la atención en los círculos científicos de Europa.

Un lugar aparte ocupa su hermosa obra *Araucanía y sus habitantes*, que Bello calificó de “interesante bajo el punto de vista geológico, no menos que bajo el moral y político, por la animada pintura de las costumbres araucanas y por la discusión filosófica de un problema vital para Chile: el de la civilización de aquella raza indómita”. De valor científico y práctico a la vez fué también un conjunto de estudios, que Domeyko realizó por encargo especial del Gobierno, como los relativos a la colonización, reformas de la Casa de Monedas, las aguas potables y minerales de Chile,

el fomento de la industria minera, etc., muchas de cuyas acertadas recomendaciones se pusieron en práctica.

Fueron tan valiosos los servicios prestados por Domeyko en Chile a la enseñanza y cultivo de las ciencias, que el Gobierno lo premió concediéndole la nacionalidad chilena, raro y honroso privilegio con que se ha distinguido sólo a un limitado número de extranjeros ilustres. Además, al obtener su jubilación, después de cuarenta años de ininterrumpidos servicios, le concedió una renta anual vitalicia de seis mil pesos, de que podía disfrutar dentro o fuera del país.

Alejado de las actividades administrativas y docentes, el sabio polaco sintió vehementes deseos de visitar su tierra natal; pero con el propósito sincero de regresar a su patria adoptiva, donde había formado su hogar. Y sus deseos se cumplieron. Falleció, de regreso en Santiago, en su casa de la calle Cueto, el 23 de enero de 1889, rodeado de sus familiares y discípulos, y en medio de la consternación general.

Porque Domeyko, junto a la bondad del maestro y a la modestia del sabio, poseía un alma grande y generosa, capaz de concentrar en torno suyo el afecto y la admiración de todo un pueblo.